

REPUBLICA DEL ECUADOR

TOMO XVIII } Año 20.—Junio de 1903 } N° 128

ANALES
DE LA
UNIVERSIDAD CENTRAL

X LOS ABORIGENES DE IMBABURA Y DEL CARCHI

INVESTIGACIONES ARQUEOLÓGICAS SOBRE LOS ANTIGUOS
POBLADORES DE LAS PROVINCIAS DEL CARCHI Y DE IMBABURA EN
LA REPÚBLICA DEL ECUADOR

ÁREA POR
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

X FEDERICO GONZALEZ SUAREZ

OBISPO DE JBARRA

[Continuación del N° 127, página 82]

III

Volveremos á recordar aquí nuestra conjetura sobre las TOLAS: éstas son sepulcros, indudablemente, porque en el centro de ellas se encuentran cadáveres; pero parece que no fueron monumentos sepulcrales construidos por los llamados Scyris, sino por gentes distintas de los

caribes y mucho más antiguas que ellos en el territorio ecuatoriano. Estos constructores de tolas es gente desconocida: ¿fué, acaso, vencida por los Caribes? Los caribes, talvez, la vencieron; pero no la exterminaron del todo, y varias parcialidades de ella subsistieron á una con los Caribes, tanto en la provincia de Imbabura, como en la de Pichincha; á lo menos así parece que podemos conjeturarlo del estudio comparativo de las mismas tolas, y de otros sepulcros que se hallan en ambas provincias. Las tolas no tienen todas la misma forma. Unas son como cruces, ótras enteramente redondas; algunas elípticas, y no faltan varias circulares, pero con un apéndice pequeño de figura cuadrangular.

Los cadáveres en algunas tolas no están echados ni tendidos de espaldas, sino sentados en cuclillas: tampoco se halla siempre solamente un cadáver; por el contrario, hay tolas, en las cuales se descubren hasta cinco y seis cadáveres reunidos.

Nuestros estudios arqueológicos sobre las tolas no son todavía ni muy satisfactorios ni muy completos: sería necesario practicar excavaciones metódicas y comparar los objetos extraídos de las tolas con los objetos encontrados en otra clase distinta de sepulcros en la misma provincia. En esta misma provincia de Imbabura, donde son tan numerosas las tolas, hay sepulcros de otra forma: son huecos grandes, hondos, cavados en el suelo. En uno de estos sepulcros, los cadáveres no estaban tendidos, sino parados en pie: y había un cadáver sepultado con la cabeza hacia abajo y los pies hacia arriba: ¿fué esto intencional? ¿Sería descuido?

En la provincia de Pichincha, encontramos, mediante la filología comparada, huellas numerosas de la raza caribe; siguiendo hacia el Sur, las hallamos en la provincia de León, en la de Tunguragua, en la de Riobamba y en la de Guaranda: la familia antillana de la raza caribe ha dejado, pues, en el Ecuador huellas desde el río Chota hasta las faldas del nudo del Azuay; pero las tolas no se encuentran sino en Imbabura y en parte de Pichincha: ¿sería la misma gente caribe la que construyó las tolas? ¿por qué no se encuentran éstas en esas otras comarcas, donde han vivido las gentes de procedencia caribe?

Los constructores de tolas han venido del lado occidental: arribaron por el Pacífico; se detuvieron en las costas de Esmeraldas; trasmontaron la cordillera oc-

cidental y entraron en la meseta interandina: la gran cordillera oriental fué el límite del terreno habitado por ellos. ¿Estaremos equivocados? Algún día ¿nuevos descubrimientos arqueológicos confirmarán nuestra conjetura?

Los constructores de tolas labraban estatuas de piedra, toscas en general y muy imperfectas, pero de dimensiones distintas. Una de estas estatuas tenía la cabeza trabajada con arte, y la cara daba señales de una fisonomía distinta de la caribe: parecía cara de una mujer blanca. En el atlas con que ilustramos estos estudios damos esta figura.

Las otras son unas piedras grandes, en las cuales la cabeza, la cara y los brazos son las únicas partes labradas: lo restante del cuerpo tiene siempre una traza conforme. Los brazos delgados, desproporcionados, están constantemente adheridos al pecho: estas piedras ¿representaban personas vivas, ó eran, acaso, representaciones de momias? Hasta ahora, estas piedras no se han descubierto más que en la provincia de Imbabura, y eso en sólo un punto, á saber: en unas tolas, construidas á la orilla de la laguna de San Pablo, en el lado que cae al frente del cerro de Imbabura. Las piedras se encontraron clavadas verticalmente en el suelo, en línea recta, dentro de las tolas, de tal modo que estaban cubiertas enteramente por la tierra. Volveremos á preguntar ¿serían, talvez, imágenes de los muertos, sepultados en la tola? ¿Tendrían algún otro significado? Nosotros conjeturamos que eran lo primero.

El lago de San Pablo pudo ser un lugar sagrado para los aborígenes de Imbabura, un sitio de enterramiento para los régulos de la tribu. OTAVALO, era el nombre, con que se designaba en lo antiguo toda la comarca; y, si nosotros en nuestra interpretación de la palabra OTAVALO no andamos muy descaminados ¿no se llamaría toda aquella localidad Otavalo, es decir, lugar de los antiguos, de los antepasados, á causa de las tolas, que encontraron allí los caribes, si en esas tolas estaban sepultados los antiguos régulos de la comarca, los patriarcas de la tribu constructora de montículos fúnebres? Esas estatuas no se han encontrado en otras tolas: ¿por qué estaban solamente en las de la laguna de San Pablo? Y no en todas las tolas de ese lugar, sino tan sólo en algunas? Conviene hacer notar aquí, como en su lugar propio, una costumbre que hemos observado en los aborígenes del

Carchi. Acostumbraban estos tener un muñeco, una figurilla, que era como el retrato ó la imagen de su propio dueño: unos la hacían de oro; otros de barro; y esta figura se ponía en la sepultura del dueño, junto á su cadáver, cuando se lo enterraba á éste; semejantes figurillas las solían tener de preferencia los régulos ó jefes de cada parcialidad. En las láminas, que acompañan é ilustran estos Estudios damos la representación de algunos de estos objetos, en los cuales se puede examinar con sagacidad, hasta la deformación artificial del cráneo: los rasgos característicos de dos razas ó variedades distintas están muy visibles en las figuras encontradas en los sepulcros del Angel. Unos tienen el cráneo achatado; otros lo conservan con su forma natural; una de estas figuras de barro es muy curiosa, porque en la cara lleva unas señales como de sangre, y, al verla, se diría que es un indio que está llorando sangre, pues de cada ojo le salen unas rayitas de color de sangre, que parecen remedar lágrimas. ¿Qué es lo que se habrá querido representar? Tal vez ¿serán meros caprichos del fabricante de la figura?... Este objeto fué encontrado en un sepulcro del Angel [1].

Concluiremos este punto con una observación curiosa. En algunas tolas de Caranqui se encontraron esqueletos enteros de Cui ó del conejillo de Indias: estaban en un plato tapado con otro plato, ambos de barro, lo cual manifiesta que los aborígenes tenían ese animal doméstico y lo comían. ¿Cuál fué la primera tribu que domesticó al Cui? ¿Serían los Quichuas? ¿No parece más probable que serían los Caribes, y que de éstos lo aprendieron los Quichuas? El cultivo del maíz y la domesticación del Cui deben ser muy antiguos en América, y ambas cosas no pueden menos de ser obra de una misma raza, asimismo muy antigua en el Nuevo Continente.

En el mismo distrito del pueblo del Angel se encuentran cadáveres de indígenas acondicionados en vasijas grandes de barro, en las cuales los ponían, doblándolos para que ahí pudieran caber sentados, con las ro-

(1) Cobo.—Historia del Nuevo Mundo.—(Tomo tercero. Libro décimo tercio, capítulo nono. Habla de la costumbre que de hacer fabricar cada uno su figura ó imagen tenían los Incas, y cosa análoga sucedía, sin duda, entre los Quillacingas).—La obra del Padre Cobo se dió á luz en Sevilla el año 1892.

ñillas al pecho y la cabeza apoyada sobre las manos: en estas vasijas, que servían como de ataúdes, los sepultaban, haciendo en el suelo huecos muy profundos. Semejante manera de enterramiento era usada por las tribus caribes de Pimampiro y de Puembo; pero en ambas localidades la vasija funeraria era muy grande y estaba cubierta con una tapa de barro, casi del mismo tamaño y de forma idéntica.

Estos ataúdes, en ciertas sepulturas de Pimampiro, se encuentran reunidos en cuevas ó huecos, y colocados con orden, uno junto á otro, formando círculo. Los cadáveres de los niños están en vasijas pequeñas.

Hemos dicho, que los caribes encontraron ya poblada la planicie interandina, y en apoyo de nuestra conjetura aduciremos el testimonio de la craneología. En efecto, entre los restos humanos encontrados en los sepulcros de los aborígenes del Carchi se han descubierto cráneos deformados artísticamente: hemos tenido en nuestras manos algunos de estos cráneos achatados adrede, con el hueso frontal y el occipital aplanados, y tan aplanados que daban al cráneo una forma muy curiosa, prolongándolo enormemente. En las mismas sepulturas se hallaban muchos otros cráneos y todos con su forma natural, más bien ovalada que esférica: el cráneo achatado era indudablemente el cráneo del régulo ó curaca, pues sobre el hueso frontal están siempre las señales de la oxidación del metal de la corona, con que fué sepultado; y uno de estos cráneos estaba todavía ceñido por una faja de oro, que formaba parte de la corona. ¿Esta variedad craneana podría reputarse como indicio de dos distintas razas en la misma localidad? No nos parece á nosotros inverosímil.

Los Omaguas de las islas del Marañón se deformaban adrede el cráneo, según ellos decían, para no tener cabezas como de mono.

En algún cráneo de los desenterrados en el Carchi estaba patente el hundimiento de los huesos de la bóveda craneana, causado por el golpe de un rompe-cabezas de piedra; señal evidente de muerte violenta. Esa provincia manifiesta haber sido muy poblada, y, según se colige de la inspección del terreno, había tribus diversas, cada una de las cuales tenía determinado un campo para enterramiento de sus difuntos: este campo se escogía siempre en un sitio bien seco y garantizado contra la humedad por medio de quebradas naturales, hondas, á uno

y á otro lado, y en altiplanicies elevadas sobre el cause de los ríos.

IV

En cuanto á monumentos ó edificios públicos, en el Carchi no se ha encontrado vestigio alguno, ni hay memoria de que en esa provincia hayan tenido los aborígenes templos ni adoratorios comunes, en tiempo de su gentilidad.

De los caribes, á quienes en nuestra historia hemos dado el nombre de Scyris, existe hasta ahora, aunque transformado, un monumento religioso. La tribu de los caranquis tenía un templo: era de forma exagonal perfecta y la puerta miraba hacia el occidente. Este edificio se conserva todavía en pie, formando parte de la iglesia parroquial del pueblo de Caranqui: no se sabe si los mismos Incas, para convertirlo en templo del Sol, ó los conquistadores, para transformarlo en iglesia, le quitaron algunos lados al exágono; lo cierto es que ahora no está con su forma primitiva. Con todo, aún se puede completar el plano y medir la extensión: ésta era relativamente pequeña; y en ella ha cabido apenas la capilla para el altar mayor de la iglesia.

En cuanto á los materiales de construcción, nos parece que los muros, hasta la altura de unos dos metros poco más ó menos son muy antiguos, y los mismos que construyeron los aborígenes de Caranqui: son de piedras muy grandes, sin labrar y parece que están unidas mediante una mezcla de barro y de arena. La cubierta ha de haber sido siempre, indudablemente, de paja, porque los aborígenes del Ecuador nunca supieron fabricar cubiertas de otra clase.

Conquistada la tribu de los Caranquis por Huayna-Cápac, este Inca construyó un edificio muy grande junto al primitivo templo de los vencidos: el nuevo edificio era palacio del soberano, templo del Sol y casa para las recogidas que cuidaban del culto y del servicio del astro del día. Medio siglo después de la conquista, se conservaba todavía en pie este edificio: ahora, como señal de que existió, no hay más que un trozo de muralla, que sirve de lindero entre dos predios contiguos. El gran al-

jibe ha sido cegado adrede con tierra, y la tradición señala el lugar donde estaba (1).

Otro edificio había del tiempo de los aborígenes en Cayambi: era un templo construido de tapias, en una eminencia cercana á la misma población actual. Su forma era enteramente circular, y la puerta estaba hacia el Occidente.

Estos dos edificios eran los dos únicos monumentos que de los antiguos caribes ecuatorianos se conservaban en toda la República hasta el siglo décimo octavo: ahora no existe más que el uno de ellos, el de Caranqui: el de Cayambi desapareció hace mucho tiempo (2).

(1) El primero de los españoles que llegó á Caranqui fué Benalcázar, en su primera expedición cuando el descubrimiento y la conquista de estas provincias. Según refiere Oviedo, entonces fué cuando los españoles compañeros de Benalcázar desprendieron de los muros del templo las planchas de oro y de plata que los cubrían, desollando las paredes, á honra de San Bartolomé, como, con cáustica ironía se expresa el antiguo cronista de Indias.

En 1542, es decir, ocho años después de Benalcázar visitó los edificios de Caranqui y los describió Cieza de León: entonces parece que no estaban todavía arruinados. Cieza habla del templo del Sol, del palacio de los Incas, de la casa de las escogidas, del gran estanque y de la plaza, la cual dice que era pequeña, y, sin duda, es la misma que hay hasta ahora delante de la iglesia parroquial.

El año de 1692 estuvo en Caranqui el viajero Francisco Co-real, y encontró en aquella época los edificios ya arruinados; pero dice que las ruinas tenían un cierto aspecto de grandeza.

Según Montesinos, en este palacio de Caranqui dejó Huayna-Cápac á Atahualpa, cuando el Inca, concluida la conquista de los Quillacingas y vencidos y domados los Caranquis, emprendió su último viaje de regreso al Cuzco: dice Montesinos que Huayna-Cápac gastó un año en la construcción del palacio, y que entonces Atahualpa tenía solamente dos años de edad. Si Montesinos estuvo bien informado, dedúcese que Atahualpa no nació en Caranqui: nuevo dato en apoyo de nuestra opinión respecto del lugar del nacimiento de aquel desgraciado príncipe.

OVIEDO.—(Gonzalo Fernández).—Historia general de las Indias. (Tomo cuarto, página 239). Oviedo dice que el templo era pequeño.

Historia general de los viajes.—(Tomo 51. Edición de París, 1757). En francés.

(2) ULLOA.—Relación histórica del viaje á la América Meridional. (Tomo segundo, página 625. Lleva una lámina grande, en la cual, entre otras cosas, se halla la figura del adoratorio de Cayambi, el cual no era de piedras sino de adobes).

¿A quién rendían culto los Caranquis y los Cayambis en estos adoratorios? ¿Adoraban en ellos al Sol? No es posible saberlo: puede conjeturarse que adoraban ya al Sol, porque en el exágono de Caranqui continuó el culto del astro incásico, cuando Huayna-Cápac ensanchó el edificio y cubrió con planchas de oro y de plata los muros interiores del exágono: así tan ricamente entapizados, encontraron los conquistadores esos muros, cuando con Benalcázar llegaron por la primera vez á Caranqui en los primeros meses del año de 1534.

No faltan fundamentos para asegurar que había otro templo levantado por los mismos caribes ecuatorianos al Sol en el Quinche, y que estaba un poco más arriba del punto donde actualmente se halla construída la Iglesia parroquial.

En varias partes del territorio de la República se conservan todavía restos y señales de edificios construídos por los Incas: en Quito, en el mismo sitio donde fué edificada la capital, hubo algunos edificios de los Incas, y no tememos engañarnos asegurando que con piedras de esos monumentos se construyeron algunas iglesias y conventos de Quito: examinando despacio esos edificios, se convence uno de que esa muchedumbre asombrosa de grandes sillares y de cilindros de granito son restos de edificios incásicos, modificados adrede para las construcciones castellanas posteriores.

En el INGA-PIRCCA de Cañar y en el trozo de muro de Caranqui se conserva todavía intacta la pasta de arcilla pintada, con que los peruanos-quichuas solían enlucir y hermohear por dentro los aposentos de sus palacios regios. Esa pasta es una masa delgada de arcilla amarilla, amasada con esmero y bien apelmasada: para darle consistencia la mezclaban con paja seca, picada. Sobre la arcilla pintaban los muros con una tintura de rojo muy suave, que, sin duda, lo extraían de sustancias vegetales. Es un rojo pálido, sin belleza ninguna. Restos más numerosos de edificios de los Incas había anteriormente, y ahora ya no se sabe ni donde estuvieron, pues en los sitios donde los vió Cieza de León no se los encuentra. ETIAM PERIERE RUINÆ.

Cieza de León encontró pedazos enteros del camino de las cordilleras, todavía bien conservados, en la provincia del Carchi, entre Tulcán y Guaca; y ahora es imposible hallar ni siquiera el rastro de semejante obra.

Reducidos á escombros, están desafiando todavía la

lenta acción destructora de los tiempos y la punible incuria de los hombres el Palacio llamado de PACHUZALA en la llanura de Callo y el Inga-Pircca en los declives meridionales del nudo del Azuay, que son los dos mejores monumentos, que de la época de los Incas quedan todavía en el territorio de la República del Ecuador.

Rastros ó señales de tambos hemos encontrado nosotros, en nuestras excursiones arqueológicas, en Mocha, en Pumallacta, en Achupallas y en Paredones; también entre Cumbe y Nabón y cerca de Oña; además, encima de Paquizhapa y en el punto denominado LAS JUNTAS, una jornada antes de la ciudad de Loja. En ninguno de estos edificios hay cosa alguna digna de llamar la atención de un modo particular, ni por el plano, ni por la construcción: los edificios de los Incas no tenían nada de belleza: eran sólidos, pero tristes y oscuros; sin ventanas y sin arcos ni columnas, y de una monotonía desapacible.



En cuanto á la industria de los aborígenes de Imbabura, conviene hacer una observación. Como en todas las tribus indígenas americanas, el arte de la alfarería fué muy esmerado y los utensilios domésticos se distinguen por lo excelente del barro, por lo variado de las formas y por lo uniforme del color; este color es rojo oscuro, y parece que se lo daban á la masa de barro, de que fabricaban los objetos. Por lo que respecta á la materia de donde lo sacaban, acaso, no es sin fundamento nuestra opinión: nos parece extraído de alguna sustancia vegetal, la cual muy bien pudo ser el sumo del achiote: si, en verdad, empleaban esta sustancia, deduciríamos de este hecho, que los aborígenes de Imbabura mantenían relaciones de comercio con las tribus de la región oriental, que es donde abunda el arbusto que produce la semilla denominada vulgarmente achiote.

El oro parece haber sido muy escaso: la plata se encuentra en los sepulcros del Carchi y en los de Imbabura, y pudiéramos asegurar que las gentes del Norte labraban ese metal muy poco.

El cobre era conocido; y del cobre, mezclado con otros cuerpos metálicos, fabricaban aretes, patenas, hachas y cascabeles.

Entre la cerámica de los aborígenes del Carchi y la cerámica de los aborígenes de Imbabura, hay una diferencia notable: los del Carchi eran insignes alfareros y tenían refinado el gusto, si podemos expresarnos así: en los objetos trabajados por los de Imbabura no se encuentra ni el barniz, que da lustre; ni el dibujo que contribuye á la ornamentación decorativa.

Estas condiciones artísticas, si podemos decirlo así, de la cerámica de las gentes del Carchi son para nosotros un indicio más de que los aborígenes de esa provincia procedían de los Omaguas, cuya habilidad en la alfarería llamó la atención de Orellana y de sus compañeros, cuando, navegando por el Marañón, descubrieron esas tribus y trataron con ellas. Las obras de alfarería encontradas en las tolas de la comarca de Intag son muy toscas y sin hermosura ninguna: el embarnizado parece haber sido un secreto, poseído solamente por los aborígenes del Carchi.

Estos labraban también la piedra: hay vasitos pequeños fabricados de un solo trozo de piedra; y, lo que es más curioso todavía, en los sepulcros se encuentran ciertos dijes ó amuletos de piedra verde, del jade, el cual, hasta hace poco, se creía que no existía en América, y que los objetos fabricados de esa piedra se traían de fuera. La petrografía de nuestras cordilleras andinas no está todavía bien estudiada, y aun podemos decir con toda verdad que está, hasta ahora inexplorada, á lo menos en gran parte, y así no puede determinarse la naturaleza de la roca ni el propio sitio geológico de ella en la cordillera donde existe, sin duda, porque, entre las chinamenudas acumuladas en el álveo de algunos ríos, se hallan esas piedrezuelas verdes, aunque en escaso número.

El análisis químico de estos trozos de roca servirá para determinar algún día la naturaleza mineral y el origen de ellos; entre tanto, solamente añadiremos que todos estos dijes tienen dos agujerillos, por los cuales pasaba el hilo con que los solían suspender del cuello.

Algunos de estos objetos son muy bien labrados: en nuestro atlas de estos Estudios damos las figuras, que representan tres de ellos, que son un monillo, una luciérnaga y un pájaro [un macrocécido]. ¿Cómo los labraban? Con instrumentos de cobre y con la frotación, para la cual empleaban una arena muy menuda, gastando en la labor de una sola pieza de éstas meses y aun años

enteros, con esa pacienzuda constancia, tan propia del indio americano.

En varios de estos objetos, ya de superstición, ya de adorno, empleaban también el hueso, del cual hay piezas muy curiosas. Labraban, pues, los aborígenes del Carchi el oro, la plata y el cobre; el hueso y la piedra. La edad del hierro para otros pueblos, debe ser la edad del cobre en la Pre-historia americana.

Cieza de León habla de los Pastos y de los Quillacingas, como si fueran gentes distintas; coloca á los segundos hácia el Oriente respecto de los primeros, cuyo último pueblo dice que era el de Tusa en la actual provincia del Carchi. No obstante la aseveración de Cieza de León, bien podemos considerar á los Pastos y á los Quillacingas como tribus procedentes de un mismo origen; y las diversidades, que había entre ellas, provenían de su mayor ó menor antigüedad en la extensa comarca que ellas poblaban al tiempo de la conquista. Conocían el algodón y lo empleaban en sus vestidos: utilizaban para tejer sus mantas las fibras de algunas otras plantas, y, aunque la tierra es muy fría, usaban solamente dos prendas de vestir: la camisa ó túnica sin mangas, y la amplia manta, con que se envolvían el cuerpo y abrigaban la cabeza. Los varones llevaban á la cintura acomodados unos maures, con que se cubrían honestamente.

Los sepulcros, hace notar Cieza de León, que eran huecos muy hondos cavados en el suelo; y cuenta que, cuando moría algún indio principal, enterraban con él á sus mujeres, á sus sirvientes y á las indias é indios, que, para que fuesen sepultados con el difunto, obsequiaban los otros régulos de la tribu, de modo que con cada jefe eran sepultadas hasta veinte personas. La relación de Cieza explica por qué en los sepulcros de las gentes del Norte, se suelen encontrar muchos cadáveres. Con estas noticias concluiremos nuestras investigaciones arqueológicas respecto de los aborígenes de la provincia del Carchi en la República del Ecuador.

(Continuará).